

21 DE OCTUBRE DE 1805

LA BATALLA DE TRAFALGAR

La ambigua conducta del príncipe de la Paz inclinándose ora al gobierno inglés, ora á Napoleón, con lo cual descontentaba á uno y otro y se hacía de ambos aborrecible por igual, tenía que dar sus naturales frutos. A últimos de 1804 estaba España en paz con todas las potencias, guardando, sin embargo, en el conflicto anglo-francés una neutralidad que se parecía bastante á un auxilio indirecto á Francia, cuando se vió sorprendida de pronto por un brutal atentado de Inglaterra, que sin intimación ulterior mandó apresar todos los navíos españoles que se encontrasen en el mar.

Esto era una piratería y por tal quedó demostrado en vista de lo que ocurrió en seguida y fué que un crucero inglés detuvo á cuatro fragatas españolas que de Méjico conducían á España doce millones de duros.

El jefe de la expedición se negó á entregarse al britano y quedó prisionero después de una defensa heroica una fragata voló y las otras tres fueron conducidas á Inglaterra.

Tal fué la inauguración de la campaña que si hizo honor á la habilidad inglesa no dijo mucho en favor de la religiosidad con que observaba Albión el séptimo mandamiento.

Seguíanse al parecer entonces las mismas costumbres que ahora, ó

síguense ahora las de entonces, como se quiera, y así es que ocupaba el cargo de embajador de España cerca del emperador, el marino don Federico de Gravina, «hombre, —dice un historiador extranjero,— que bajo un aspecto sencillo ocultaba una inteligencia extraordinaria y el más intrépido valor, por lo cual, Napoleón se le había aficionado mucho y él á Napoleón.»

Esto fué el motivo principal, sin duda, para que se tuviese la feliz idea de nombrar á Gravina para el mando en jefe de la marina española que ciertamente no podía recaer en mejores manos; por desgracia hubo algo que no deja de lastimar un tanto el amor propio nacionalidad y fué que se avisó á Gravina para que antes de salir de París concertase con el Gobierno francés el plan de operaciones navales quedándose por último en que á pesar de tener dicho señor el supremo mando de la escuadra española, recibiría las instrucciones directamente de Napoleón, por conducto del ministro de Marina francés M. Decrés.

No deja de ser casualidad que aquella declaración de guerra estallase en medio de circunstancias algo parecidas á las que nos encontramos hoy; Andalucía gemía bajo el azote de la fiebre amarilla; en las Castillas reinaban unas mortíferas calenturas y en toda España se paseaba aterrador el espectro del hambre

«El Gobierno,—dice un historiador,—temía además los gastos de una guerra con la primera potencia marítima de Europa, teniendo que renunciar por mucho tiempo á continuar la obra vital de la amortización de la deuda en 300 millones de reales.

»Abatido por este fatal cúmulo de circunstancias pasó más de un mes en las negociaciones con el Gobierno de Saint James confiando en una reparación decorosa, hasta que su altanería y las interesadas excitaciones de la Francia le obligaron á hacer la declaración de guerra.»

Acariciaba por entonces Napoleón el proyecto de verificar un desembarco en Inglaterra y contaba para ello, además de su escuadra ó la francesa, con las de España y Holanda.

A fin de hacerle perder la pista á Nelson, acordó fingir que el intento de la flota aliada era hacer una expedición á las Antillas y allá se fueron los barcos en efecto, creyendo que Nelson se alejaría en su vista de Europa para irse tras ellos.

Claro está que una vez burlado Nelson las escuadras volarían á Inglaterra y allí haría su desembarco Bonaparte.

La escuadra combinada, al mando de Villeneuve, estuvo en la Mar-

tinica desde donde partió con rumbo á la antigua, pero como fuesen apresados unos barcos ingleses y por los papeles cogidos se enterara Villeneuve de que Nelson le andaba cerca, perdió completamente la chaveta hasta el punto de incendiar el convoy que llevaba y de despedir á cuatro de sus fragatas para que se refugiaran en la Martinica largándose el resto á sus órdenes más de que prisa a Europa.

Sin saber lo que se hacía encontróse sobre las costas de España cuando su derrotero era las del Norte de Francia y á duras penas se pudo hacer que se decidiera á encerrarse en el Ferrol, pues él estaba empeñado en meterse en Cádiz como más cercano puerto militar.

Hallábase la escuadra en cabo Finisterre (22 Julio 1805), cuando de pronto se encontró con la flota inglesa de Calder, que le salía al paso abandonando para ello el bloqueo del Ferrol.

Villeneuve se portó... como quien era.

Los españoles se batían como leones (carta de Napoleón al ministro Decrés), al mando de Gravina que era todo genio y decisión en el combate (carta del general Lauriston al emperador), y los franceses se lo estaban mirando todo muy tranquilos sin tomar parte en la batalla.

Los ingleses se largaron y cuando Villeneuve se decidió á dar alcance había pasado ya la oportunidad.

Lo único que se le ocurrió á aquella calamidad naval fué meterse en Vigo y de allí en el Ferrol, burlando la vigilancia de Calder.

Ahora bien; ya en el Ferrol recibió Villeneuve órdenes terminantes de Napoleón, a quien tenía un miedo cerval, para que inmediatamente se dirigiese la escuadra á Brest... y en efecto, ¡se fué á Cádiz! A su vez recibió Gravina un oficio del ministro de Marina francés en que á propósito del combate de cabo Finisterre le decía: «S. M. ha visto con viva satisfacción la conducta brillante que vos, señor almirante, y toda la escuadra española tuvo en el combate del 3 de termidor. S. M. no se expresa nunca respecto á vos más que con las demostraciones de una particular estimación y cuenta especialmente con vuestro celo, vuestro talento y vuestro conocido valor.»

Esto no quita, sin embargo, que hubiese desaparecido la armonía que hasta entonces había podido mantenerse entre españoles y franceses, diciendo los nuestros que en el combate del 22 de Julio habían sido cobardemente abandonados, sin que los franceses tuviesen ánimos para vindicarse contentándose con echar la culpa á Villeneuve.

Gravina fué á Madrid á encontrar á Godoy para que éste manifes-

tara á Napoleón que España se negaba á que su escuadra continuara á las Órdenes del mamarracho aquél, única manera de salvar la marina y con ella el honor nacional, comprometidos en Finisterre por el estólido almirante francés.

Godoy no se atrevió sin embargo, como que era de la misma maderera de los Villeneuves. Ambos fueron los causantes de la ruina de nuestra escuadra.

Dióse Napoleón á todos los diablos coronados al saber que en vez de presentársele Villeneuve en Brest se le había marchado á Cádiz, y no pudiendo ya aguantar tanto disparate destituyóle, reemplazándole Rosilly .

Esto hizo que se le ocurriera á Villeneuve una idea piramidal y convocó un Consejo de guerra para tratar de lo que se iba á hacer.

Asistieron al Consejo los generales Gravina, Alava, Escaño y Cisneros y los brigadieres Galiano y Churruca por parte de los españoles, mientras que de los franceses estaban, Villeneuve, Dumanoir, Magon y varios subalternos.

Los franceses, deseosos de desquitarse del mal papel hecho el 22 de Julio, opinaron por salir en seguida á atacar á los ingleses mientras que los españoles, que ninguna necesidad de justificarse tenían manifestaron su contrario parecer, viendo las cosas con más serenidad y comprendiendo la enormidad del disparate.

Allí habló como un libro el sabio y valerosísimo D. Cosine de Churruca, escamado ya con lo de Finisterre.

Villeneuve parece hubo de soltar alguna baladronada de dudoso gusto, pero levantóse Gravina y le hizo salir los colores á la cara exclamando con severo acento: «Señor almirante, siempre que los españoles han operado con escuadras combinadas han sido los primeros á entrar en fuego, y esto lo hemos demostrado recientemente en Finisterre..

Finalmente, á tal extremo llegó la discusión, que quedó concertado un lance entre el impetuoso brigadier Galiano y el contralmirante francés Magon, lance que no se llevó á efecto porque uno y otro murieron en la próxima batalla.

Como se ve, si la escuadra combinada no era un campo de Agramante, no le faltaba mucho, y á la verdad no era aquel el estado más á propósito para habérselas con la decidida y disciplinada escuadra inglesa, ciegamente obediente á su jefe.

Había resuelto en definitiva el Consejo que se saldría á buscar al in-

glés cuando se supiese que el enemigo había dividido sus fuerzas, y en efecto... Villeneuve dió orden de salir así que supo que de un momento á otro iba á llegar Rosilly para reemplazarle, y salió sin plan, sin orden ni concierto, sin saber á lo que iba, ignorando que los ingleses en vez de dividirse estaban de cada vez más reconcentrados, con Nelson, con el gran Nelson al frente.

Allí nadie sabía lo que tenía que hacer ni qué mandar, y para colmo de gloria aquel desdichado manifestó que haría muy pocas señales, «pues todo lo espero de cada capitán.» ¡Valiente almirante estaba el pobre hombre!

¿A qué contar lo que debía suceder forzosamente? Por consejo de Gravina la escuadra combinada marchaba, sin embargo, en un orden que quizás les hubiese dado la victoria, pero aquella calamidad humana, aquel desventurado Villeneuve echólo á perder todo mandando virar en redondo á un tiempo, lo cual cambió enteramente las posiciones.

Al ver aquel trastorno comprendió Gravina que la línea del centro quedaba flojísima y pidió á Villeneuve que le dejase obrar como reserva para acudir allí donde fuese necesario, pero dicho D. Juan de Austria de doble se negó caprichosamente á ello.

Aquello fué la principal causa de la tremenda derrota que aún lloremos.

Del modo como Gravina había dispuesto la escuadra en un principio, no hubiese sido posible que Nelson hiciera lo que hizo, pues estaba dispuesta en cinco divisiones, vanguardia, centro, retaguardia y reserva, pero con la imbécil maniobra de Villeneuve quedó el centro confundido con lo que debía ser reserva, formando la retaguardia la vanguardia y viceversa, y presentando el centro una larguísima línea que Nelson pudo romper fácilmente lanzando contra ella una columna á manera de cuña y haciendo lo mismo con la retaguardia.

La batalla comenzó á medio día de aquel memorable 21 de Octubre de 1805.

El primero en atacar fué el navío de tres puentes Royal Severeing contra el Santa Ana en el cual tenía su insignia el general Alava, que allí cayó herido sobre cubierta.

Uno y otro barco quedaron destrozados y desmantelados.

Rota ya la línea del centro aliado, quedó éste cogido entre dos fuegos, ofreciendo aquéllo el espectáculo de un horrendísimo volcán.

Agobiado por lo desigual del combate rindióse el Bucentaure, em-

prendiéndola luego los navíos que le hicieron arriar bandera contra el Santísima Trinidad que quedó prisionero también, pero se hundió en el mar con mucha gente dentro como si así quisiese demostrar que no consentía sufrir aquella humillación

Nelson murió al mismo tiempo.

Habían acudido en socorro del Santísima Trinidad el San Agustín y el Neptuno, al mando éste del intrépido Valdés, que desobedeció las órdenes del valeroso Dumanoir, que muy tranquilo se estaba viéndolo todo desde su poderoso navío.

Siguióle á Valdés el Rayo que también se desentendió del Dumanoir.

Cayó Valdés herido de gravedad, arrió bandera el Neptuno, pero no pudieron apoderarse de él los ingleses porque fué á estrellarse contra las peñas de Santa Catalina, junto al Puerto de Santa María.

El Príncipe de Asturias á cuyo bordo iban Gravina y Escaño y que mandaba el brigadier Hore veíase atacado por cinco navíos á la vez y á las cuatro horas de combate se encontraba sin palos, ni velamen, ni timón.

Herido Gravina tomó el mando D. Antonio Escaño, herido también aunque de menos gravedad y El Príncipe de Asturias pudo emprender la retirada hacia Cádiz juntamente con el Neptuno, el Argonauta, el San Leandro, el San Justo y el Montañés, españoles, y el Plutón y el Indomptable, franceses, únicos que vió Cádiz regresar de aquellas cuarenta velas que había visto partir tres días antes.

Allí murió Galiano á bordo del Bahama atravesado de una bala de cañón; barco y brigadier tuvieron la misma tumba: el mar.

El gran Churruca, aquella alma de héroe legendario, encontrábase en el San Juan Nepomuceno atacado por seis navíos.

Murió Churruca, y cuando por fin no quedaba ya casi nadie para disparar un tiro, hubo de rendirse el San Juan á los seis navíos que lo tenían encerrado dentro un círculo de fuego.

Los ingleses honraron noblemente la memoria de aquel héroe que era un sabio y de aquel sabio que era un rayo de la guerra.

Todos los navíos españoles cumplieron como buenos; todos mostraron en sus costados y en su arboladura que no los tripulaba ninguna raza de cobardes.

Villeneuve, desesperado, mostró ser un valiente. Afectado por la desgracia en que cayó con Napoleón suicidóse poco después en Rennes.

La escuadra francesa se portó con denuedo y demostró que si el almirante no era un buen capitán, sus marinos eran dignos descendientes de Juan Bart.

¿Cómo no admirar á héroes del temple del comandante del Alchille, haciendo volar el barco con él y toda la tripulación antes que rendirse al inglés? Sólo hizo un papel... de estraza el almirante Dumanoir, que apeló heroicamente á la ingeniosa estratagema de la fuga con su navío y otros tres que le siguieron (ninguno de ellos español).

1.022 muertos, 1.383 heridos, tres navíos prisionaros, tres que se fueron á pique y cuatro que estrellaron contra la costa de resultas del temporal que luego sobrevino, fueron el precio á que pagó España la política de Godoy y la alianza con el emperador Napoleón.

Allí, en las aguas de aquel cabo fatídico quedó sepultada la marina española; allí murieron Gravina, Churruca, Galiano, Alava, Moyúa, Castaños y tantos otros héroes cuyos nombres repite España con orgullo y que han dejado á las futuras generaciones el ejemplo de lo que debe hacerse cuando se trata de la honra nacional.

CARLOS MENDOZA.

